

LA TEMPESTAD

Valdespinas . 1944

Una vez Sebastián sale en busca del médico, la mujer se queda a los pies de la cama balbuceando entre dientes.

—¡Que no, Etelvina! ¡Que no estás soñando! ¡Que Vicente no responde! No insistas. No tiene pulso. Está muerto.

Fuera no para de nevar, pero en la única habitación de la casa no hace frío. Las llamas arden bien en la chimenea. Crepitan los troncos salpicando luciérnagas doradas y naranjas, chispas de fuego que dan vida a las sombras que habitan la humildad de la casa. Yose, la corderilla más joven del rebaño, anda mientras tanto por allí, a sus anchas, mordisqueando lo que encuentra, ajena al drama.

Es uno de sus balidos el que saca a la mujer de su ensimismamiento. De repente Etelvina cae en la cuenta de que Vicente nunca quería que el lechazo entrara en la casa, pero ya no importa. Vicente no puede echarla a patadas, como de costumbre, y el animal va de un lado a otro. A veces acerca el hocico al rastro de sangre que viene de la calle y salpica el suelo, estrellas sombrías que llegan hasta al jergón.

La alcoba, además de a sudor y a encina, huele mucho a alcohol.

Etelvina rodea la cama, clava una rodilla en el catre y se acerca a su marido, inclinándose. De su boca entreabierta, además de tres dientes amarillos, roídos por la caries, sale una peste a vino que tira de espaldas.

Un refrán pasa por la cabeza de la mujer, pero lo achaca a la mala costumbre del desconcierto: «Muerto el perro, se acabó la rabia». Dice eso mientras se santigua, no sabe bien si arrepentida o implorante. Porque la rabia a la que se refiere Etelvina son los golpes, las patadas y los tirones de pelo; los insultos y las vejaciones. Así desde que se casó en la iglesia de la Virgen del Carmen, y va

ya para cinco años. Un lustro, que es poco tiempo o mucho. Depende. Si hay miedo el tiempo no corre, se estanca en los lodazales del pánico y se vuelve eterno. Eso Etelvina lo sabe bien.

La esposa de Vicente pone los dedos en el cuello de su esposo como alguna vez ha visto hacer a don Álvaro, el médico de Valdespinas. No nota nada. No siente en la mano más que la piel tibia de su marido. Está bocarriba, con los brazos en cruz, manchado de sangre desde el pecho a las perneras del pantalón de faena, mugriento también de barro. Como ella misma no se fía de la comprobación que ha hecho, vuelve a acercarse al cuerpo de su esposo, y, con cautela, va a lo fácil: pone una oreja en el pecho del hombre tratando de hallar algún signo que le indique que sigue vivo.

Nada.

La mujer coge la mano de Vicente, la alza un poco y la deja caer a plomo.

Quietud.

Yose se va a la puerta, lo mismo que si fuera un perro que olisquea. Toca dos veces, la ovejilla da un salto asustada y Etelvina abre. Es su cuñado y don Álvaro, el doctor. Sebastián había cogido al burro, cuya nieve le llegaba a los corvejones, y se había ido en busca del médico, que vivía al final de camino de La Molinera.

Don Álvaro, cumplidos ya los setenta años, hace tiempo que trabaja solo por su vocación de ayudar a los demás. El hombre se baja con cuidado del pollino que Sebastián le ha cedido, toma el maletín de una de las alforjas y anda despacio por la nieve. Cuando entra en la casa el olor de la lumbre, el del vino barato y el de la oveja, que acaba de descargar un montoncito de pelotillas negras, le sacuden en la cara.

—Está muerto mi hermano, ¿verdad que sí, doctor? —se apresura a preguntar Sebastián mientras cierra la puerta—. La Etelvina y yo nos lo encontramos tal y como ve. He querido avisar a los civiles, pero ya ha visto cómo andan los caminos de nieve. Al cuartelillo, con la noche que se ha puesto, no hay quien llegue. Podría avisar a mi primo, pero ya sabe que vive en Olmillos, y con la nevada...

—Todo a su tiempo —responde con flema don Álvaro mientras se sienta junto al cuerpo y le coge la muñeca para tomarle el pulso a Vicente. Durante un instante el médico cierra los ojos como si dentro

de sus párpados estuviera la respuesta. En la habitación solo se escuchan las entrañas de la chimenea con su monólogo de chasquidos, y las pisadas del cordero cuando recorre el suelo de madera, repleto de manchas de barro y algo de sangre.

—Qué...

Don Álvaro alza la mano y no deja tampoco que Etelvina hable. La mujer no lo dice, pero tendrá que disimular su alegría si se confirma que Vicente ya no va a volver a levantarle la mano ni a darle más zurras. Sebastián se alisa el pelo con una mano y estruja la gorra con la otra. Desde donde está puede ver aún en el rostro de su cuñada, la mancha nazarena que le nace bajo un ojo, huella de la última paliza de su hermano. Está guapa, o al menos eso le parece a Sebastián, quien a veces piensa que no le hubiese dado a su cuñada la mala vida que llevaba junto a su hermano. Al fin y al cabo, aquella boda fue impuesta, pero amor nunca hubo. Ni nació después, al contrario. ¡Qué de veces le hubiese dicho que se fueran juntos! ¡Lejos! Que se fugaran de Valdespinas. Pero todo quedaba siempre en un sueño, en una quimera.

No tiene prisa el médico. Comprueba todo en completo silencio, aunque se escucha su respiración asmática y pedregosa. Despacio, busca el pulso en el cuello de Vicente, tal y como ha hecho Etelvina un poco antes. Luego le pide a Sebastián que le encienda la pequeña bujía que acaba de sacar de su maletín. A la luz de la linterna, con cuidado, levanta a Vicente primero un párpado y luego el otro, observando las pupilas y la sequedad de la esclerótica.

Murmura algo, pero ni Sebastián ni Etelvina se atreven a decir nada.

Con la misma parsimonia pide a los dos que lo ayuden a desnudarlo. Los cuñados se miran sin entender.

—Pero, ¿no está muerto, doctor? —Etelvina pregunta a don Álvaro.

—Así es. Pero para el parte de defunción necesito saber si es una muerte violenta, como parece, o no lo es.

El doctor saca de su maletín un formulario y recado de escribir.

Primero lo incorporan. Los dos hombres sostienen el cuerpo y la mujer le quita la capa y le desabotona la camisa hasta dejarle el torso desnudo. Etelvina mira con desasosiego la hechura enclenque de su marido; el cuello renegrido, las costillas marcadas, de tan flaco, y los dos pezones como lentejas. No hay a la vista herida alguna, ni por delante ni por detrás. El médico carraspea y toma algunas notas, Sebastián se sorbe el agüilla de la nariz y Etelvina traga saliva amarga como la hiel. Ver así a Vicente le ha dado asco, lo mismo que si acabara de echarse al colete una infusión de ajeno.

—Vamos con los pantalones— dice el médico buscando algún corte mortal.

Vicente queda completamente desnudo, pero no hay en él el menor signo de violencia. Etelvina mira para el techo o desvía la vista donde puede con tal de no ver aquel cuerpo esmirriado y sucio.

Recuerda la esposa de Vicente con dolorosa cercanía la noche de bodas, las chanzas durante el modesto convite, la falta de delicadeza del marido, quien la tomó como quien toma a un animal (no eran pocos los que decían en Valdespinas que Vicente se aliviaba con sus ovejas cuando le venía en gana), con acometidas de perro en celo, ignorando las quejas de su mujer. Etelvina se mordía el labio por no gritar mientras aquella bestia que olía a sudor y a aguardiente, la poseía con menos cuidado que a los animales que atendía en el campo. Y eso fue la noche de bodas, de las otras veces mejor no hablar.

La cuñada de Sebastián siente ganas de vomitar. Sale a la calle y respira el aire limpio y helado de la noche. No le importa sentir el frío. En el umbral de la puerta se libera de la visión de Vicente desnudo, tan miserable y tan insignificante.

Valdespinas tiene la soledad de un cementerio. Están los tejados forrados de blanco y las luces de las casas apagadas. Se amontona en las puertas y las calles la nieve, y silba el viento como un amolador con su chiflo. El burro que ha traído al médico aguanta sin inmutarse la nevada. El animal se sacude las orejas con un movimiento reflejo. Antes de entrar, la mujer mira la iglesia de San Pedro y pide que le ayude.

Al girarse hacia el interior de la morada, Etelvina puede aún ver a don Álvaro inspeccionando el cuerpo de Vicente. Su cuñado observa cómo el médico estudia las extremidades de su hermano. Después la mujer se vuelve a girar y mira hacia el suelo de la calle.

—¡Etelvina! —la voz de Sebastián hace que se dé la vuelta—. ¡Ven aquí y cierra la puerta, mujer, que nos helamos!

La esposa de Vicente hace lo que su cuñado le dice y se acerca de nuevo a la cama. Don Álvaro se está lavando las manos en la palangana.

—La sangre —dice el médico— no es suya. Pero está muerto. No me cabe duda. Parece que se le ha parado el corazón o hay algún derrame. Igual Vicente se ha llevado por delante a alguien antes de que le diera el síncope, un infarto o lo que quiera que sea lo que lo ha matado —el doctor dice eso y mira a Etelvina y a Sebastián.

—¿Mi Vicente, don Álvaro...? Este no era capaz de matar una mosca —asegura Etelvina sabiendo perfectamente que lo que está diciendo no hay quien se lo trague. Tal y como termina de hablar, la mirada del médico la enmudece. Cerca de la chimenea puede ver su rostro apegaminado, las cejas finas como el cendal, los ojos pequeños y negros, y la perilla blanca que se rasca despacio mientras la mira, incrédulo. Después, el médico ve el ojo hinchado de la mujer por el golpe que el marido le dio antes de caer en la cama, borracho.

—Etelvina, por Dios...—murmura don Álvaro—. Todos saben en Valdespinas quién es Vicente Abad y cómo se las gasta contigo.

Sebastián mira a Etelvina y ésta hace un gesto para que tape el cuerpo de Vicente. Es un cuadro grotesco, porque a los pies del hombre ha quedado Yose, que dormita como si fuera un gato.

—Don Álvaro —habla el hermano de Vicente calándose la gorra para salir a acompañar al médico —: ¿Y no puede ser, digo yo, que a mi hermano le haya pasado lo mismo que cuando era un zagal?

¿No se acuerda *usted* de que se quedó como muerto, sin pulso ni vida ninguna, y cuando ya lo estábamos llorando todos en casa le vino la vida? ¿Cómo era aquello que dijo usted que le entró...

¡*Cartilepsia!*

—Catalepsia —le corrige el doctor negando con la cabeza mientras toma su maletín—. Han pasado muchos años de eso pero lo recuerdo. Es muy poco probable que se haya repetido ese episodio. He hecho todas las comprobaciones precisamente por eso, y no hay duda: está muerto desde las nueve de la noche, aproximadamente —dice rubricando el informe y el certificado de defunción—. Muerte natural. No hay dudas.

Suenan cuatro o cinco golpes recios en la puerta. Una voz iracunda suelta improperios al otro lado, nombra a Vicente y a todos sus muertos. Quien sea vuelve a aporrear con los puños y a patear la puerta que parece a punto de venirse abajo.

—Ese es el Churretas. ¿Qué le pasará? —se pregunta Sebastián.

—Abra usted y lo sabremos —dice el médico con su calma habitual, aunque no parece gustarle demasiado el cariz que está tomando la situación.

Sebastián va a coger una soleta que hay junto al fuego, pero el médico dice que no es necesario, que con un muerto ya es bastante por esa noche, si es que no hay más.

El hermano de Vicente suelta la herramienta y va a abrir. Es Juan De Miguel, el Churretas, en efecto, pero no viene solo. Le acompañan sus dos hermanos y su tío Ciriaco. En realidad no es sencillo distinguirles porque todos los De Miguel, enemigos de Vicente y Sebastián, se parecen entre sí. Tienen la tez morena, el pelo anillado y las orejas pequeñas. Tres aguardan en segunda fila, pero Juan está delante, garrota en ristre, preguntando por Vicente, que dice con atropello que le ha matado a una de sus marranas de la cochinería, que ha esparcido las tripas por la calle y que ni la cabeza aparece. —¿Dónde está ese borracho, que lo voy a machacar? ¡Me cago en su puta estampa! —Juan hace el intento de entrar en la casa pero Sebastián le pone la mano en el pecho y le dice que baje la voz.

—Un respeto. Mi hermano está muerto.

—¿Qué embuste es ese? ¡Mentira! —chilla Juan, pero el médico se acerca a la puerta y sin alterarse habla con el cabeza de familia de los De Miguel, entendiendo el origen de la sangre que manchaba a Vicente.

—Churretas, lo que dice Sebastián es cierto. Acabo de firmar el parte de defunción.

Juan De Miguel se queda mirando al doctor y al hermano de Vicente. Luego intenta ver algo entre los dos y Etelvina, que parece protegerse tras los dos hombres, pero solo distingue un bulto cubierto en la cama.

—¿Es cierto entonces? —Juan se muestra ahora confuso, pero no oculta su ira—. ¡Quiero verle! —dice.

Don Álvaro mira a Sebastián, pero este no parece aprobar la idea.

—¿Tú qué dices, Etelvina? —pregunta el hermano de Vicente.

La mujer contesta que los De Miguel no entran en su casa.

—Han venido aquí como una cuadrilla de matones, y aquí no hay más que un muerto y una viuda —dice.

El médico resopla, abre el maletín y le muestra al Churretas una copia del documento con el parte de defunción y el informe sobre la causa de la muerte que acaba de firmar.

Juan mira el papel y lee a duras penas porque no sabe.

—Entonces...

—Está muerto, ya te lo he dicho —repite el médico. Al parecer se le ha parado el corazón—. El resto de cuitas las arregláis ante el capitán Abrio o ante un juez. Esta casa está de duelo. No es momento de más peleas. —Don Álvaro, que conoce a muchos de los habitantes de Valdespinas desde que eran unos niños, se muestra conciliador, así que le pasa el brazo por el hombro al Churretas y lo invita a marcharse. Pero justo cuando Juan De Miguel va a tomar el camino de vuelta mira al lechazo, que trastea esta vez cerca del burro, y de mala forma lo levanta cogiéndolo por el pescuezo.

—El cordero me lo llevo. Y poco es, que ese infeliz ha *destripao* a la cochina.

Bala la oveja pataleando en los brazos de Juan De Miguel. Etelvina se apresura hacia él y le dice que la oveja no se la lleva. Por Vicente y todos sus muertos que no se la lleva, pero el Churretas le da un empujón y se va con el animal en brazos sin que ni el doctor ni Sebastián sean capaces de impedirlo. Sale Etelvina al quicio de la puerta y es todo denuestos, juramentos y blasfemias. A grito pelado. Ladra algún perro con la voz de la mujer y se inquieta el pollino que recula en la nieve. Pero los

cuatro hombres se alejan calle arriba y pronto se pierden tras la esquina de la casa donde viven unos parientes del médico.

—Hoy ha sido la marrana— dice don Álvaro subiéndose el cuello de su abrigo antes de volver a montarse en el burro—. Pero mañana o el otro puede ser cualquiera. Sería bueno que tuviéramos la fiesta en paz, que un día de estos vamos a salir en la página de sucesos del Herald.

Después de hablar el médico, da las condolencias a la viuda, y con la ayuda de Sebastián, se monta en el animal de vuelta a su casa.

—Ahora vuelvo, Etelvina —le dice su cuñado.

Como antes vio a los De Miguel, Etelvina ve alejarse a don Álvaro y al hermano de su marido, quien tira suave de la cuerda que guía al pollino. Luego, cuando han desaparecido en la oscuridad, suspira y cierra la puerta. Después va a la alacena, saca una damajuana con orujo y se sirve sentada en la silla de anea, cerca del hogar.

—¡Qué mala vida me diste, Vicente! ¡ Qué mala vida!—murmura después de dar un trago. Luego suelta el vaso, se frota las piernas con las palmas de las manos, nerviosa, y mira hacia el pequeño armario donde guarda un viejo vestido que usa en Navidad y para la Concordia, y el de luto que colgó no hace mucho, después de llevarlo nueve años por la muerte de su hermano Blas.

Etelvina se echa otro vasito y pasea por la habitación. A veces mira hacia la cama, como temiendo que Vicente se despierte de un momento a otro y la emprenda a golpes con ella o la mate. Porque eso ha esperado día tras día en los últimos cinco años.

Fuera arrecia la tormenta que se ha convertido en una tempestad. Por un momento se preocupa por su cuñado, pero es un hombre curtido y se ha visto en muchos temporales como el de esa noche o peores aún.

La soledad invade a Etelvina. Tres años hace que se quedó encinta. Tres años ya desde que aquel animal que reposaba en el catre con el cobertor cubriéndole de los pies a la cabeza le provocó el aborto.

Su esposa, como tantas otras veces, también ahora, llevada por el sopor del orujo, trata de huir de aquel recuerdo, pero a veces le llega la noche en que la sometió con la fuerza bruta de la bestia que Vicente llevaba dentro. Luego ella, adolorida aún, le confesó que estaba embarazada. Que estaba de tres faltas y que Antonia Armilla, “la Santera”, vidente de Torraño, se lo había dicho: «Esperas una niña. Yo no me equivoco y eso es lo que vas a parir».

«Una hembra... Después de dos años de casados, del asco que tienes entre las piernas me vas a dar una hembra y no un macho, para que yo pueda enseñarle las cosas de un hombre. ¿Y qué quieres que haga yo con una mocosa? ¿Para qué la vas a traer al mundo, para fregar o para servir en casa de algún ricacho? ¿Para eso?».

«Puede estudiar, y no ser como nosotros, que no sabemos ni leer...»

Etelvina no recuerda si son esas las palabras exactas, pero lo que no olvida es la mirada de lobo viejo, los dientes a la vista, el gesto crispado, encendido de vino y cólera, los puños apretados y los golpes. Pedradas en el estómago. Eso es lo que siente. Duras, directas al vientre en forma de patadas. Y el dolor. Pero no el que se produce en el cuerpo —que ese tarde o temprano, pasa—. El dolor del alma, el rincón más profundo de cada cual, donde no hay venda fría que alivie el daño, ni tiempo que sane o borre las cicatrices.

Tres años hace ya de eso, pero le parece que fue ayer. Etelvina se echa la mano al vientre y todavía siente las punzadas, allá donde la criatura tomaba forma para venir a un mundo que finalmente nunca conoció.

La mujer mira de nuevo a la cama y luego el hacha que hay en la entrada. Por un momento llega a cogerla. La empuña y se acerca al catre. No quiere que Vicente, como cuando era un crío, vuelva a abrir los ojos, a preguntar dónde está, y a seguir tratándola como a un saco de estiércol.

A través de la ventana apenas se distingue nada. Quiere que Sebastián vuelva. Necesita que esté allí con ella, porque cada crujido de los troncos se le antoja un aviso, una melodía hostil.

Sisea el viento. En la cerrazón de la noche apenas distinguen las casas de piedra, los árboles, sus brozas cargadas de nieve que se sacuden a veces el peso con un zarandeo torpe de ramas.

Etelvina se acerca a la lumbre. El terror le hace ver y oír cosas. El silbido ya no es una nota que sube y baja por los tejados y las ventanas; es la voz de Vicente que la insulta o la llama para que vaya a ponerle más vino.

Otra vez mira la cama. Se sirve otro vaso. Sebastián tarda. El viento zarandea la ventana y por el tiro del hogar entra una bocanada de aire que mueve las llamas y revuelve la favila agrisando la estancia. Ya debe estar el médico en su casa y Sebastián estará al volver —cree la mujer de Vicente.

Don Álvaro, tras atender a Etelvina con el aborto, nunca más le dirigió la palabra a Vicente. Hombre tranquilo y condescendiente con todos, el doctor no necesitó preguntar al marido qué había ocurrido. Cuando llegó a la casa, ya de mañana, todavía olía a alcohol. Peor aún: a ira y a locura.

Lo último que el médico le dijo al hombre que ahora yacía en la cama fue que se marchara de allí, a caerse borracho en cualquier esquina y dejar descansar a su mujer. Y que diera gracias de que era ya un hombre mayor y no podía romperle la cara, que era lo que se merecía. También le dijo que a él no le asustaban esos ojos de fiera, ni esa fuerza de animal. Ni ese cerebro enfermo, y que si alguien le ajustaba las cuentas, no iba a ser él quien lo lamentara ni quien diera una explicación exhaustiva a la autoridad. Luego le sostuvo la mirada un momento, tomó sus cosas y le indicó a Sebastián, que estaba allí, que se quedara al cuidado de su cuñada, y que si necesitaba cualquier cosa que fuera a buscarlo sin tardanza. Después don Álvaro se puso su sombrero, tomó el maletín y se marchó de la casa.

Y allí se quedó Sebastián, como un perro faldero. Solo se alejaba del camastro cuando Ana, una prima de Etelvina, iba a lavarla y a hacerle cosas que no eran propias de un hombre que ni siquiera era su marido.

Tres días tardó en volver Vicente después de eso. Lo hizo como si nada hubiera pasado. Cuando entró por la puerta Etelvina estaba en pie, preparando unas perdices, pálida como la cal y con todo el peso del cuerpo echado sobre la mesa, donde cortaba las zanahorias y los puerros.

Ni una palabra. Ni una disculpa. El marido se acercó, cogió un tomate y le dio un mordisco. Luego se sirvió un vaso de vino y esperó sentado y sin hablar a que la comida estuviese dispuesta.

En eso piensa la mujer cuando escucha la tos y luego los dos golpes en la puerta. Etelvina mira horrorizada hacia el camastro porque cree que es Vicente quien tose.

Quietud absoluta bajo el cobertor.

Sebastián viene con la nariz encendida por el frío. Trae la gorra y los hombros cubiertos de blanco y las piernas chorreando de los pies a las rodillas.

—Dame algo, por Dios bendito, que estoy helado —es lo que dice echando una fugaz ojeada al bulto que hay sobre la cama. Sebastián se va directo al fuego y allí delante se arrima, extendiendo las manos mientras se pisa un pie para quitarse primero una bota y luego la otra.

La mujer de Vicente le acerca un vaso con orujo, le deja la damajuana a mano, y después trae dos sillas.

—Ahora solo hace falta que el temporal —se queja el hombre— se quede por aquí y ni podamos enterrar a mi hermano.

Etelvina se encoge de hombros y acompaña con otro trago a Sebastián. El abrigo de las llamas le ha devuelto el color y hasta el brillo de sus ojos azules y grandes. Seis años mayor que Vicente, se conserva mucho mejor, aunque con la luz del fuego las arrugas se dibujan más profundas y más oscuras.

En eso piensa la mujer cuando escucha una tos. Ahogada, perruna.

Etelvina mira a Sebastián horrorizada. Le flagela un escalofrío que le nace en la nuca y restalla en la espalda como un latigazo feroz, brutal.

Vicente se ha incorporado. Está sobre el jergón, con los ojos abiertos mirando a su esposa, de hito en hito.

—¿Dónde estoy, mujer?

—...

—¿Qué ha pasado? ¡Me cago en mi perra vida!

Es lo último que dice, Sebastián salta como un muelle y se coloca sobre su hermano, sentado a horcajadas sobre su pecho. Etelvina solo puede ver los pies su esposo pataleando mientras su cuñado agarra la almohada y tapa la cara de Vicente con una fuerza descomunal.

Se mueve la cama. Se mezcla el sonido del viento con un gorgoteo agónico. Hay en la pared sombras funestas. Dos brazos que se alzan y tratan de aferrarse a algo, al cuerpo de quien le ahoga. Hay de nuevo tos. Pero es un murmullo de animal moribundo. Sebastián no cede.

En la pared, esos dos mismos brazos que danzaban con la muerte, caen inertes.

Crepita el fuego en la chimenea. Un tronco, tan vencido como Vicente, se parte en dos y muestra su carne en llamas vivas. Luego todo es silencio porque hasta el viento cesa. Sebastián y Etelvina se miran, pero ninguno de los dos dice nada.

El cuñado aparta la almohada de la cara de su hermano y se sienta a la orilla de la cama, pensativo y jadeante.

Etelvina coge el traje negro, le quita la percha y lo deja caer sobre la cama donde está el difunto.

San Miguel anuncia las doce de la noche.

—Levanta la cabeza que no has hecho nada, Sebastián. Ya escuchaste lo que dijo don Álvaro: a Vicente se le paró el corazón a las nueve. En el papel ése lo tiene que poner. El que sepa leerlo, que lo lea. Venga. Échame otro vaso, y mañana, cuando amanezca, que se enteren todos en Valdespinas que mi casa está de luto. Mientras tanto, a callar.

—Sí, el corazón se le paró a mi hermano... —repite el hombre, sudando

—Pues eso: No se hable más, que no está bien molestar el descanso de los muertos. ¡Silencio, Sebastián! ¡Silencio!